

“Arquitectura en el Brasil colonial”. En: Rafael López Guzmán; Espinosa Spínola, Gloria (eds.). *Arquitectura en Iberoamérica y Filipinas*. Granada, Universidad, 2003, pp. 199-221. Manuales de arte iberoamericano. ISBN: 84-338-3044-9.

ARQUITECTURA EN EL BRASIL COLONIAL

Un poco de historia

Brasil fue descubierto en 1500 por Pedro Álvares Cabral, quedando a partir de entonces bajo jurisdicción portuguesa, en función del Tratado de Tordesillas (1494) que establecía los límites entre Castilla y Portugal. Tras esta fecha clave, y durante tres siglos, la ciudad de Salvador (Bahía) fue la más importante del país, erigiéndose en capital entre los años 1549 y 1763. Había sido descubierta por el mismo Álvares Cabral el 1º de noviembre de 1501, y fue bautizada por Américo Vesputio como “bahía de Todos los Santos”. A partir de entonces se convirtió en una referencia ineludible para los navegantes al Nuevo Mundo. Ya convertida en capital, y a partir de 1550, Bahía recibió los primeros contingentes de esclavos negros provenientes de Nigeria, Senegal, Angola, Mozambique, Congo, Benin y Etiopía, mano de obra que haría de la ciudad un lugar de gran prosperidad económica gracias a la explotación del azúcar y las actividades portuarias, lo que atrajo a los extranjeros que intentarían conquistarla, como ocurrió en 1638, cuando las tentativas del holandés Mauricio de Nassau fracasaron en tal sentido. Debe señalarse que entonces estos territorios estaban bajo control español (1580-1640) dada la unión de las coronas portuguesa y española.

En 1763 la capital del Virreinato fue transferida de Bahía a Río de Janeiro. Esta decisión tuvo causas de tipo económico como fueron el descubrimiento de los yacimientos mineros en Minas Gerais, además del desarrollo agrícola-ganadero en la región de São Paulo. El interior y el sur de Brasil prevalecían ahora en lo económico y demográfico sobre la región del litoral norte. Río de Janeiro sería capital administrativa hasta el año 1960, en que pasó a serla la recién construida Brasilia. En el lapso de casi dos siglos en que Río ostentó esa condición se produjeron hechos de la relevancia del traslado de la corte portuguesa a Brasil en 1808, la Independencia en 1822 con el rey Pedro I convertido en Emperador del Brasil, y el establecimiento de la República en 1889, tras la caída de la monarquía.

En lo que respecta a la Iglesia, su presencia fue importante ya desde los primeros tiempos de la colonia. Las órdenes religiosas fueron las encargadas de asumir la tarea de la evangelización, siendo las primeras diócesis y sedes fundamentales Bahía y Río de Janeiro, fundadas respectivamente en 1551 y 1575. En el XVIII Bahía se convirtió en cabeza de la Iglesia en Brasil y Angola. Carmelitas, benedictinos, franciscanos y especialmente los jesuitas, fueron las órdenes de mayor predicación. La presencia de los últimos fue amplia en todo el territorio, destacando su acción en las misiones de guaraníes, en el sur. Cuando en 1767, Carlos III expulsó a los jesuitas del territorio español, ya hacía siete años que había ocurrido lo mismo en las posesiones portuguesas, tras decreto del Marqués de Pombal (1760).

Holandeses y franceses en el Brasil

Señalamos anteriormente las fallidas tentativas de los holandeses de hacerse con el control de Bahía. No obstante ello, éstos ocuparon la región de Pernambuco entre 1630 y 1654 incendiando la próspera Olinda, aldea fundada en 1537. Recife se convirtió entonces en la capital del territorio holandés, gobernado por Mauricio de Nassau,

creciendo notoriamente en la primera década. Los edificios más destacados se ubicaron en la isla de Antonio Vaz (actual distrito de Santo Antonio), la cual fue unida al continente por medio de un puente. Los holandeses importaron de Europa casas prefabricadas, de dos o más pisos de altura, que fueron conocidas como "*sobrados magros*".

En lo que hace al patrimonio religioso de los siglos XVII y XVIII, los ejemplos son abundantes, sobresaliendo el Convento de Nuestra Señora del Carmo, iglesia barroca restaurada entre 1663 y 1761 tras haber sido destruida por los holandeses. Otro convento notable es el de Santo Antonio, de 1606. Entre las iglesias barrocas deben señalarse asimismo la del Santísimo Sacramento, construida en el XVIII, y la de Nuestra Señora de la Concepción de los Militares, conocida por el fresco representando la batalla de Guararapes que luce en su techo. Finalmente, la Capilla Dorada de la Tercera Orden, de 1695, que tiene en su interior uno de los mejores trabajos en madera de todo Brasil, realizado ya en el XVIII.

En lo que respecta a los franceses, fue San Luis de Marañón, en 1612, la única ciudad capital fundada por éstos en el Brasil. Paradójicamente, en esa región se halla el más amplio conjunto de arquitectura civil portuguesa de todo el país, contándose más de tres mil edificaciones de carácter histórico. Fueron los españoles los primeros en llegar a Marañón (hacia 1500), y tras algunos intentos portugueses fueron los franceses quienes llegaron a consolidar una ocupación efectiva; la misma fue corta, ya que en 1615 los portugueses lograron hacerse del control, instituyendo en 1621 el Estado de Marañón y Gran Pará. Entre 1641 y 1644 fue ocupado temporalmente por los holandeses, y en 1774 se produjo la separación de Marañón y de Pará. Entre las características arquitectónicas de Marañón sobresalen una serie de antiguos caseríos que lucen azulejería de influencia portuguesa, ubicados especialmente en la llamada "Playa Grande", centro cultural fundamental en el siglo XIX, que dieron a San Luis el mote de la "Atenas brasileña". Entre sus edificios religiosos destacan la Iglesia do Carmo, construida en 1627, y la Catedral de la Santa Sede, edificada por los jesuitas en 1726.

Conjuntos religiosos de Minas Gerais

En el siglo XVI tiene su origen la ocupación del actual Estado de Minas Gerais. La misma le cupo a los llamados bandeirantes paulistas (de São Paulo), quienes realizaban incursiones al interior en busca de metales y piedras preciosas. Las propias expediciones fueron originando aldeas de cierta estabilidad en las zonas montañosas, cercanas a los sitios donde se hallaban los minerales. Una fecha clave es el año 1693, en que fueron hallados, cerca de la actual Belo Horizonte, ingentes cantidades de oro; su posesión dio lugar a cruentas luchas, siendo el hecho más saliente la llamada Guerra de los Emboabas, en 1708, de la que tomaron parte los paulistas, los portugueses -que eran llamados *emboabas*- y los *sertanejos*, mineros del resto del Brasil. En ese año se creó la Capitanía de São Paulo y Minas de Oro, separándose Minas en 1720 como capitanía independiente con capital en Vila Rica, que en 1823 alcanzó la condición de ciudad de manos del emperador Pedro I, convirtiéndose en la Imperial Ciudad de Ouro Preto ("oro negro"). En esa ciudad se originó "Inconfidencia minera", conspiración política de tintes liberales contra el poder portugués de la que se hizo responsable, para desligar de cargos a sus compañeros de lucha, Joaquim José da Silva Xavier, llamado el *Tiradentes* (*sacamuélas*), ejecutado en la horca en 1792. Tiradentes es hoy el máximo héroe nacional para los brasileños.

Ouro Preto es la ciudad que quizá refleje con mayor rotundidad el pasado colonial brasileño, algo en lo que mucho tiene que ver el propio empobrecimiento de la

misma que evitó que se produjeran grandes intervenciones en el patrimonio, posibilitándose así una mejor conservación. Fue capital del Estado de Minas Gerais hasta 1897, en que la sede pasó a ser Belo Horizonte, fundada ese mismo año con el nombre de Ciudad de Minas; Ouro Preto quedó convertida en “ciudad monumento”, siendo declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad por la UNESCO en 1980. La ciudad destaca por sus monumentos religiosos, en varios de los cuales está reflejada la huella de Antonio Francisco Lisboa, el *Aleijadinho* (Ouro Preto, 1738-1814), que se convirtió en el más renombrado escultor del periodo colonial en el Brasil, encuadradas dentro de lo que se denomina el rococó brasileño y el barroco mineiro. Lo más notable de la obra de Aleijadinho (significa “deformadillo”, debido a una enfermedad que le deformó los miembros) se halla en Congonhas do Campo y en la propia Ouro Preto, en la espléndida iglesia de San Francisco de Asís, en la que también sobresalió otro gran maestro del barroco brasileño, el pintor Manoel da Costa Athayde. Todas estas obras explican buena parte de su esplendor debido a la prosperidad económica derivada de la explotación del oro.

Congonhas, ciudad histórica y religiosa cuyos primeros ocupantes fueron, entre 1691 y 1700, los portugueses, debe su máximo esplendor artístico a la llegada del Aleijadinho en 1796, quien coordinó las tareas de realización de las imágenes de los Doce Profetas, esculpidos en piedra-jabón (1800-05), que están distribuidos en el patio del Santuario do Senhor Bom Jesus de Matozinhos, además de las 66 imágenes en madera de cedro correspondientes a las doce estaciones de la Pasión (1796-99). El Santuario había sido comenzado a construir en 1757, en lo alto del Cerro de Marañón, y su nombre fue inspirado por los homónimos de Oporto y Braga, ambos de Portugal. Entre 1769 y 1773 diversos maestros se encargaron de la construcción de la capilla mayor, las torres y el frontón de perfil ondulado, destacando entre ellos Francisco Lima Cerqueira y Thomaz de Maia Brito, uno de los arquitectos más reputados de los que actuaron durante el XVIII en Minas Gerais.

La Catedral de Nuestra Señora de la Asunción en Mariana es otro de los monumentos de referencia ineludible del barroco mineiro. Su construcción se inició en 1713 y hasta finales del XVIII se ejecutaron obras de carácter estructural y decorativo en la misma. De los artistas que trabajaron en el templo indudablemente José Pereira Arouca y Manoel Francisco Lisboa, padre del Aleijadinho, fueron los más destacados, además de Manoel Rabelo de Souza e Athayde, autor de todas las pinturas de la iglesia. A partir de las fechas de su construcción primigenia, la comunidad de fieles inició un crecimiento numérico constante que obligó, en 1734, a la ampliación arquitectónica. A este momento pertenece el modelo de tres naves, una rareza si pensamos que lo usual era la nave única.

Arquitectura en São Paulo y Río de Janeiro

En párrafos precedentes hemos señalado la importancia vital que tuvieron los paulistas en el derrotero histórico de Minas Gerais. Al hablar de la arquitectura religiosa de São Paulo debemos mencionar la iglesia jesuítica de Embú, localizada fuera de la propia ciudad. Embú tiene sus orígenes en el siglo XVII como fundación de la Compañía de Jesús en la antigua aldea indígena de M'Boy, ubicada en una zona montañosa donde tenía su hacienda Fernão Dias Pais, tío de uno de los más recordados bandeirantes cazadores de esmeraldas. En 1624 su mujer, Catarina Camacho, donó a los jesuitas dicha propiedad y los indios a ella adscriptos, con la única obligación de potenciar el culto al Santo Crucifijo y la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Para los jesuitas este sería un lugar seguro para proseguir con la catequización, protegiendo a los

naturales de los esclavistas. El rigor de la disciplina jesuítica no fue fácil de asimilar para los indios y posiblemente por esto, en el cambio del XVII al XVIII la misión se trasladó a otro paraje, plagado de riachos donde los aborígenes podían dedicarse a la pesca, y allí fue construida una nueva iglesia, dedicada a la virgen del Rosario. La decadencia llegaría en 1760 al ser expulsados los jesuitas por orden del Marqués de Pombal. Hacia 1940 el conjunto jesuítico, comprendido por el templo y la residencia de los padres, fue declarado Patrimonio Nacional, siendo restaurado poco después. La residencia, que tuvo un pequeño y tosco claustro en su origen y que hoy conserva uno de mayor tamaño, guarda una serie importante de tallas del siglo XVII y posteriores.

En cuanto a Río de Janeiro, esta ciudad conserva un mayor número de monumentos relevantes de la época de la colonia, consideración en la que no puede obviarse el dato ya apuntado de su carácter de capital durante dos siglos, lapso en el cual se manifestaron con fuerza los influjos provenientes de Portugal. Por este motivo podríamos señalar que se dio aquí un arte de mayor “erudición”, en contraposición con el carácter más popular de otras regiones como Minas Gerais o Pernambuco. En Río de Janeiro funcionaron con normalidad gremios de diferentes oficios, que dieron una mayor consolidación en este sentido a las edificaciones religiosas, en torno a las cuales se agruparon. La vida cultural carioca se transformó en el XVIII debido a los cambios políticos, económicos y religiosos, estrechándose en esta época los lazos entre la ciudad y la Metrópoli. En este momento la influencia artística de Lisboa se hace más evidente, en especial en el racionalismo arquitectónico y urbanístico potenciado tras el terremoto de la capital portuguesa en 1755, impidiendo el arraigo del rococó y evolucionando, como es claro en Río, hacia soluciones de corte clasicista como se aprecia en la acción de los ingenieros militares responsables de las obras civiles, religiosas y urbanísticas a partir de 1763.

Podemos empezar el recorrido monumental haciendo alusión al Monasterio de San Benito fundado por dos monjes benedictinos provenientes del convento homónimo en Salvador (Bahía) y llegados a Río de Janeiro en 1586. Debemos señalar en este conjunto la importancia de su iglesia abacial, cuya construcción se atribuye al arquitecto militar Francisco de Frias Mesquita, hacia 1617-18. La parte más antigua del conjunto es el frontispicio con sus tres arcadas, levantado entre 1666 e 1669, a la par que el coro. El interior barroco destaca por su revestimiento de madera tallada y dorada, ya de principios del XVIII. El altar está dedicado a Nuestra Señora de Monserrat. El convento sigue una línea monástica tradicional, caracterizándose asimismo por su patio construido en granito.

Otro convento, el de Carmo, fue construido en 1611 por los frailes carmelitas que habían llegado en 1590, instalándose primitivamente en la Casa de los Romeros, al lado de la Capilla de Nuestra Señora de la O. La edificación de la iglesia data de 1761, siendo su autor desconocido. Sobresalen en ella las pinturas realizadas por el alemán Frei Ricardo do Pilar, cuya obra “Señor de los Martirios” ocupa el retablo barroco de la sacristía. En 1808, año del arribo al Brasil de la familia real portuguesa, el convento fue expropiado por João VI para destinarlo a residencia de Doña María I. La iglesia predilecta del monarca fue la iglesia de Nuestra Señora de la Gloria de Outeiro, considerada una de las joyas de la arquitectura del XVIII, y que representa la transición entre el final del estilo rococó y el despunte del neoclasicismo, destacando por los trabajos ornamentales como las tallas del altar mayor, los altares de las naves, tribunas y coro. De indudable valor son sus azulejos setecentistas, uno de los conjuntos más notables del Brasil, que componen paneles con escenas de la Biblia a excepción de los de la sacristía que reproducen escenas de cacería.

En el año 1628 se construyó el templo de Santa Vera Cruz, que daría origen al importante templo de Santa Cruz de los Militares. Se formó entonces una hermandad militar que en 1828 alcanzaría la consideración de Imperial. Entre los años 1780 y 1811 el templo fue completamente reconstruido, siendo el autor del proyecto el conocido ingeniero militar José Custódio de Sá e Faria, iglesia que sufriría un gran incendio en 1840 y que recién sería restaurada en 1914. La fachada de Santa Cruz de los Militares está inspirada en el Templo de los Mártires de Lisboa, y se considera un modelo de transición al neoclásico. Presenta, en su interior, un esquema clásico, con nave única, dos corredores y una profunda capilla mayor. Dentro de la arquitectura religiosa debemos señalar un último ejemplo de enjundia como es la Iglesia de la Orden Tercera el Monte do Carmo, comenzada en 1755 e inaugurada en 1770.

En lo que a arquitectura civil respecta, debe mencionarse el Palacio de los Virreyes, sede del Reino Unido del Brasil, Portugal y Algarves, que luego se convirtió en Palacio Imperial. Uno de los espacios urbanos fundamentales es la Plaza XV de Noviembre, centro neurálgico de la vida social, política y económica en el Brasil colonial. En ella se reúnen varios de los edificios e instituciones más singulares de la historia de la ciudad de Río de Janeiro, como la Bolsa de Valores. Hasta 1906 existió un gran Mercado Municipal, que había sido construido por el arquitecto arribado con la “Misión Francesa” en 1816, Grandjean de Montigny. La Plaza fue completamente remodelada en 1998, restaurándose entre otros elementos la llamada Chafariz da Pirâmide (Fuente de la Pirámide), obra del escultor Maestro Valentim da Fonseca e Silva y una de las referencias ornamentales urbanas más notables de Río de Janeiro, construida en 1779. Una última referencia es el acueducto Arcos de Lapa, construido en 1724 y reformado en 1750, destinado a abastecer de agua a la ciudad. Lo componen arcadas constituidas por dos series de 42 arcos de vuelta completa, alcanzando 17 metros de altura y 270 metros de largo. Desactivadas sus funciones a finales del XIX, en la actualidad se utiliza para los tranvías que unen el Morro de Santo Antonio con la Plaza de Carioca y el Barrio de Santa Teresa.

El Nordeste: Belém do Pará y Bahía

La ocupación portuguesa del actual Estado de Pará se consolidó en 1616, tras la expulsión de los franceses de la ciudad de San Luis, dejando definitivamente atrás las invasiones que holandeses e ingleses hicieron a la región durante el XVI. En ese año se fundó el Fuerte de Presépio, luego llamado Fuerte del Castillo (Bahía de Guajará), que daría origen a la ciudad de Belém. En 1621 quedó integrado el territorio en la provincia de Marañón y Gran Pará, siguiendo como intención la mejora de las defensas y permitir un mayor contacto con la metrópoli. La prosperidad llegó a lo largo del XVII gracias a la explotación de la caña de azúcar, el arroz, el café, el tabaco y el cacao, además de la ganadería, bonanza que declinó tras la división de Marañón y Gran Pará en 1774. Con el caucho, a finales del XIX, se recuperaría la economía.

En cuestiones arquitectónicas la referencia para Belém es la Lisboa del XVIII, y en especial esta influencia se reflejaba en las casas de uno y dos pisos que frecuentemente incluían azulejos en sus fachadas. La figura del arquitecto italiano Antonio Giuseppe Landi es fundamental en este panorama, en su carácter de constructor de la mayor parte de las iglesias y edificios de importancia, desde mediados de aquél siglo; podemos citar aquí las de Santa Ana, Rosario, San Juan Bautista, Carmo y la iglesia de los mercedarios. De cualquier manera es de cita obligatoria la Catedral, donde se combinan barroco y neoclasicismo, cuyo plano diseñó Landi a mediados del XVIII. En 1775 se habilitó el presbiterio pero luego las obras pararon, pudiéndose inaugurar

recién en 1771. En este templo destacan los paneles pintados de los altares que sustituyen la tradición de las imágenes. Hasta finales del siglo XIX poseyó un altar mayor de madera, pero en esa época, con la intención de convertirla en una catedral de cuño mayor, se reemplazó esa obra primitiva por un altar de mármol, de estilo neoclásico, realizado en Italia por Luca Carimini y que fue donado por el Papa Pío IX. Los altares laterales muestran los lienzos pintados por Domenico de Angelins que reemplazaron las anteriores, de Pedro Alexandrino de Carvalho, quien había sido el autor del citado altar de madera.

Para analizar los ejemplos arquitectónicos de la ciudad de Bahía debemos dejar clara su división en dos partes, la ciudad alta y la ciudad baja, esta última a nivel del mar. La parte alta es la más conocida y visitada debido a la gran cantidad de iglesias, 34 de ellas del período colonial. En el conjunto artístico de Pelourinho, en la faz religiosa, sobresale la Sé o Catedral, que antiguamente era la iglesia de los jesuitas, en estilo barroco y rococó. Se comenzó en el XVII y en su construcción se utilizaron diversos materiales como oro, mármol, madera de jacarandá y marfil, además de los revestimientos en piedra tanto en el interior como en el exterior. Posee dos torres de madera. En la fachada pueden apreciarse nichos con las imágenes de los tres santos jesuitas, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Francisco de Borja. En el interior destacan los altares de los Santos y de las Vírgenes Mártires, del siglo XVI, ambos provenientes de la primitiva iglesia jesuítica.

La iglesia de San Francisco de la Orden Primera, ubicada también en el Centro Histórico de Salvador y considerada por algunos historiadores como el más bello ejemplar del barroco portugués en el mundo, abre su fachada a una alargada plaza donde se ubica el “cruzeiro”, elemento típico del urbanismo franciscano, que se articula con la plaza Terreiro de Jesús conformando uno de los espacios más singulares de la ciudad. San Francisco, construida entre 1686 y 1723, se desenvuelve en torno a un claustro cuadrado y, junto a la capilla de la Orden Tercera forma uno de los más complejos monumentos de Salvador. La iglesia posee tres naves, lo que la distingue del resto de fundaciones franciscanas del nordeste brasileño, influida posiblemente por San Francisco de Porto y por la tradición de las plantas jesuíticas luso-brasileñas. Las naves laterales son más bajas que la central y están separadas de esta por arcadas macizas intercaladas. En la decoración se cristaliza el ideal de “iglesia de oro” surgido en Lisboa y Goa a finales de la centuria anterior. El convento posee paneles de azulejos, el de la capilla mayor hechos en la capital portuguesa en 1737 por Bartolomeu Antunes de Jesus, los del claustro que datan de 1746-48, y los de la antesala y sacristía, confeccionados en torno a 1805. En la fachada los azulejos reproducen el nacimiento y vida de San Francisco, simbolizando su renuncia a los bienes materiales.

La fachada de la Orden Tercera de San Francisco es la más parecida a las de las iglesias hispanoamericanas, conservando en el claustro un conjunto de azulejos que permiten ver como era Lisboa antes del terremoto de 1755. Esta iglesia data de 1702, siendo su fachada realizada en piedra labrada y cincelada, diseño de Gabriel Ribeiro considerado uno de los introductores del barroco en Bahía. La fachada estuvo, hasta principios del XX, cubierta de argamasa y al implantarse en ese momento la red eléctrica en la ciudad, fue redescubierta la original. En el interior, en el techo, sobresalen las pinturas realizadas por Franco Velasco en 1831. Otro convento, el de Nuestra Señora del Carmo, fue construido fuera de los muros de la ciudad antigua, en la colina conocida con el nombre de Monte Calvario, montículo estratégico para la defensa de Bahía.

Finalmente, en la ciudad baja, sobresalen dos iglesias, Nuestra Señora de la Concepción de la Playa y Nuestro Señor de Bonfim, esta última la más famosa y

concurrida de Salvador, sede de singulares fiestas populares. La primera de las citadas está caracterizada por haber sido traída, piedra a piedra, desde Portugal. Su origen se debe a la necesidad de construir una capilla para albergar y venerar la imagen de la Virgen que fue llevada por el gobernador Tomé de Souza, aunque las obras de la iglesia como tal comenzaron realmente en 1739. La demora en el arribo de las piedras desde Europa retrasó su construcción, concluyéndose el trabajo en 1820. Elevada a la condición de Basílica en 1946, destaca también esta iglesia por las pinturas realizadas en el techo por José Joaquim da Rocha, considerado el pintor brasileño más importante de los tiempos de la colonia.

La ciudad de Bahía quedó, en el XVIII, bajo la advocación de Nuestro Señor de Bonfim cuyo templo estaba ubicado en lo alto de la Colina Sagrada. Este culto se inició a partir de una imagen de Cristo traída desde Lisboa por un oficial de la Armada portuguesa, Teodósio Rodrigues de Faria, la que en 1745 fue llevada para la iglesia de la Peña, en Itapagipe; en 1754 se le adjudicó iglesia propia, popularizándose pronto por su carácter milagroso. La fachada rococó de la iglesia de Bonfim está cubierta por azulejos blancos de origen portugués que fueron colocados un siglo después de comenzada la construcción. El interior es neoclásico y conserva las pinturas realizadas por el antes citado Velasco entre 1818 y 1820. De nave única, la iglesia posee dos espacios paralelos, uno dedicado a sacristía y otro a sala de exvotos, de absoluta necesidad debido al creciente culto. La basílica de Bonfim es una de las joyas de la arquitectura bahiana y el principal referente de la fe popular en la región, lo que se confirma año tras año cuando millares de personas se reúnen para la fiesta de su patrón.

Capilla Dorada de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, Recife, 1695.

Su nombre se debe a la profusa decoración que cubre su interior. De escaso tamaño, presenta una estructura muy simple: un espacio cuadrado con dos pisos y cubierta de madera con bóveda rebajada decorada con pinturas y casetones. Los dos pisos se estructuran con puertas y altares con arcos de medio punto, en la parte inferior, y tribunas en el piso alto, siguiendo la estructura típica de las iglesias lisboetas. El interior está decorado con el habitual zócalo de azulejos portugueses y el resto de las paredes aparecen cubiertas con cuadros, esculturas y relicarios. Construída en 1695, se prolongó su decoración hasta 1724. Nos encontramos aquí ante un ejemplo de arquitectura al servicio del arte. El espacio se concibe como un contenedor de objetos artísticos, donde la arquitectura pasa a ocupar un segundo plano. Este espacio cuenta con precedentes como la iglesia de Santiago en Camarote (Loures, Lisboa) y puede compararse con el coro de las descalzas franciscanas del Convento da Madre de Deus de Lisboa.

Iglesia Matriz de San Antonio, Tiradentes, 1710-1732.

Se trata de una de las primeras iglesias barrocas de Minas Gerais, destacando especialmente por su decoración interior. Presenta planta rectangular dividida por naves, capilla mayor y sacristía. Aunque existe documentación que confirma la existencia de una pequeña capilla dedicada a San Antonio, las obras de construcción de la iglesia actual se remontan a 1710, estando prácticamente concluída en 1732. Entre 1736 y 1737 la iglesia sufre una ampliación que afecta a las dimensiones definitivas de la nave principal, siendo contratados João de Faria, João da Ponte y Nicolau de Souza para su realización. Los obras se continúan a lo largo de todo el siglo XVIII, construyéndose entonces la sacristía y la sala consistorial. Entre 1807 y 1810 se produce una remodelación de la fachada más al gusto rococó, encargándose la obra a Aleijadinho. La modificación fue realizada por el maestro de obra Cláudio Pereira Viana, y se concluyó en 1813. En el interior destacan los retablos dedicados a Nuestra Señora de la Concepción y San Miguel, los más antiguos de la iglesia, fechados en 1727 y 1732 respectivamente. Una de las piezas más importantes es el coro realizado en 1740, con sus columnas con estípites dorados, obra de Pedro Monteiro de Souza. Destaca también la bella balaustrada rococó atribuída a Salvador de Oliveira y las sacristías decoradas, a partir de 1780, por Salvador de Oliveira y Romão Dias Pereira Cardoso.

Casa dos Contos, Ouro Preto, 1772-1784.

La Casa dos Contos es un claro ejemplo de la arquitectura civil colonial brasileña. Edificada entre 1772 y 1784 por João Rodrigues de Macedo como sede de la Casa de los Contratos y su residencia, ha sufrido numerosas transformaciones aunque sus funciones siempre han estado vinculadas a actividades tributarias. En 1793 adquiere su denominación actual al pasar parte de la propiedad del edificio a la Junta de la Real Hacienda y de la Intendencia del Oro. En 1803, la Casa dos Contos pasa a propiedad del Erario Real y en 1820 sufre reformas antes de convertirse en la sede de la Casa de Fundición de Oro. En 1844, se instaló allí la Secretaría de la Hacienda Provincial ante la Comisaría del Tesoro del Imperio. Con la transferencia de la capital minera para Belo Horizonte, en 1897, el edificio pasó a ser ocupado por el Correo, Caja Económica y posteriormente por la Municipalidad de Ouro Preto. En la actualidad alberga un museo, el Centro de Estudios del Ciclo del Oro y la agencia de la Renta Federal de Ouro Preto.

Real Fuerte Príncipe de Beira, Rondonia, 1776-1783.

La construcción de esta fortaleza, ubicada en la margen derecha del río Guaporé, frontera natural entre Brasil y Bolivia, se inició en 1776 con el ingeniero Domingos Samboceti, quien falleció de malaria, y concluida en 1783 por el capitán ingeniero Ricardo Franco de Almeida e Serra. El carácter limítrofe del mismo, emplazado en plena selva amazónica, se explica por el objetivo de consolidar las posesiones portuguesas en el citado río y en el Mamoré, al noroeste brasileño. Encierra, como era habitual en edificios militares, simbolismos religiosos, ya que los cuatro baluartes de que se compone el conjunto fueron dedicados a Nuestra Señora de la Concepción, Santa Bárbara, San Antonio de Padua y San Andrés Avelino. El fuerte es un cuadrado cuyo perímetro es de 970 metros, siendo sus murallas de 10 metros de altura lo que nos habla a las claras de su importancia constructiva. Cada uno de los baluartes posee catorce cañoneras y fueron construidos de acuerdo al sistema de Vaubam. Está rodeado por un profundo foso y su única posibilidad de ingreso lo constituía un puente levadizo que desembocaba en una puerta de tres metros de altura, abierta en la muralla norte. En el interior se hallaban catorce casas para comandantes y oficiales, además de depósitos y capillas.

DIPOSITIVAS

1. San Pedro de los Clérigos, Recife, Pernambuco.
2. Vista General de Ouro Preto, Minas Gerais.
3. Santuario do Senhor Bom Jesus de Matozinhos, Congonhas do Campo, Minas Gerais.
4. Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, Mariana, Minas Gerais.
5. Planta de Nuestra Señora de la Gloria de Outeiro, Río de Janeiro.
6. Iglesia de Nuestra Señora de la Gloria de Outeiro, Río de Janeiro.
7. Palacio de los Virreyes, Río de Janeiro.
8. Belém do Pará a mediados del siglo XVII (Algemeen Rijkarchief, Haia).
9. Iglesia de San Francisco, Salvador, Bahía.
10. Orden Tercera de San Francisco, Salvador, Bahía.
11. Nuestra Señora de la Concepción de la Playa, Salvador, Bahía.